

sufrís por ellos, para que se arrepientan y se salven. También por mí sufrís, para abrirme la puerta del cielo, para que yo sea bueno y te ame; te ame con todo mi corazón. ¡Oh Salvador del mundo y Redentor mío! ¡Oh Amor dulcísimo y omnipotente! ¿Cómo he correspondido yo a tus miradas y llamamientos de amor? ¿Te amo yo como Tú me pides? ¿En mi conducta, en mi genio, en mi presunción, en mi obligación, en mi modestia estoy y soy como Tú me pides? ¿Tengo yo vida interior y aspiración a Tí? ¿Puedo decirte que te amo, si no sacrifico esto a tu amor, y vivo como Tú me pides y procuro llevarte en mi alma y recordarte siempre con amor? Quiero amaros. ¡Que os ame con todo mi corazón!

¡Oh Trinidad Beatísima, que amen todos a Jesús! Dadme gracia y vida espiritual por amor de este Jesús, que se ofrece a tanto dolor y deshonra por mí Dadme la gracia, la luz del cielo para que tenga vida de amor y le pague con amor y sepa y quiera sufrir por su amor.

(Quédese mirando o acompañando a Jesús y mírese a sí misma, a su correspondencia, a su comportamiento y fidelidad hacia Jesús; mire no engañar a Jesús ni hacerle traición. Aquí se ve con claridad

dad y recibe el alma la gracia de las determinaciones. Mírele y acompáñele de corazón y quietecita).

Y dirigiéndose Pilatos a los Judíos díceles señalando a Jesús: **He aquí al Hombre.** Como diciéndoles: Perdonadle ya y no le queráis matar. Jesús mío, ¿cómo estarías, pues te ponen para con tu vista mover a lástima? ¡Y a pesar de tan maltratado y lastimado, repiten gritando con desprecio que mueras en la Cruz! ¡Tú, la omnipotencia y santidad, eres humillado, y el hombre, flaqueza y maldad, se ensalza y engríe! ¡Tú, Creador y Juez, callas humilde y te ofreces lleno de caridad y mansedumbre, víctima pura y sacrificada por el mundo, por librar al hombre del pecado! ¡Qué terrible mal es el pecado, pues tanto has sufrido por librarnos de él! ¡Con qué amor sufres! Callado, sufres, y te ofreces. ¡Cómo me amaste, Jesús mío, y continúas amándome!

(Estése el alma mirando esto con amor y agradocimiento y ofreciéndose sin buscar otras ideas, sino en este amor, unida a Jesús, todo el tiempo que pueda; puede ayudarse para sostener o encender el afecto con alguna jaculatoria salida del corazón. Mire cómo se encuentra en relación al pecado, apetitos y

vanidad; si es fiel a Jesús; si procura vivir en este amor y fidelidad).

Luego mirar a Dios diciéndole: Padre Eterno, Jesús se ha ofrecido por mí a Vos; por mi salvación y mi santificación. No podéis menos de oírle, que es una cosa con Vos. Por este amantísimo Jesús salvadme, dadme gracia abundante y eficaz para santificarme; que sepa yo vencerme y de una vez me entregue a la virtud y al amor. Yo me ofrezco a Vos con Jesús; recibidme; quiero vivir con Jesús y en Jesús y amar con su amor y serviros con sus virtudes y dolores. ¡Jesús, vivid en mí y sed la vida de todas mis obras y deseos!

¡Qué grandeza la mía si yo quiero ser humilde! ¡Jesús viviendo en mi alma, porque vive en los humildes, fervorosos y puros! ¡Tener yo como míos el amor, las virtudes y los dolores de Jesús! ¿Cómo te agradeceré tanto y tanto sufrimiento? Padre Eterno, coronadle como Rey que es de todo; coronadle con corona de gloria ante los hombres.

¡Jesús amoroso, salvad al mundo por el cual con tan excesivos dolores vais a dar la vida! ¡Que queramos salvarnos correspondiendo a tus llamadas!

Sufriendo, siendo despreciado, ofreciéndote por mi amor; eres mi modelo; pero, ¡qué diferencia! ¡Qué poco nos asemejamos! Vos la mansedumbre misma, la caridad, ofrecido a vuestro Eterno Padre y abrazado con el desprecio; yo tan lleno de faltas, amando el ser estimado y alabado, buscando el regalo, descanso y recreo o bullicio que puedo; Vos coronado de espinas, dolores y oprobios, yo arreglándome y pensando en vanidad, en lujo, en presunción y falto de amor a mi Dios y a mis hermanos, ¡Qué poco nos parecemos! No sobrellevo ni un desprecio, ni una prueba, ni aun muchas veces una palabra o una broma. Vos la santidad, yo el egoísmo. Jesús mío, apiadados de mí; apiadaos de mí y dadme virtudes, dadme vuestro amor... Por esa afrenta que pasasteis, por los dolores y amor con que los llevasteis, dadme gracia para vencerme; cambiadme, Jesús mío, cambiad mi corazón.

Trinidad beatísima, por el amor y humillación de Jesús, por su súplica amorosa, dadme gracia eficaz, para que me enmiende e imite a este modelo perfectísimo; que no me engañe yo a mí mismo. Que siga y viva la doctrina y vida de amor de Jesús. En vuestra gracia confiado, lo haré.

(Quédese el alma todo el tiempo que pueda compenetrándose en esto y viviéndolo y procure salir con estos afectos para durante el día).

Quiero amaros; quiero vivir en Vos y que Vos viváis en mí por amor. Si lo quiero, ¿por qué no lo practico? Jesús, miradme; miradme y fortalecedme y santificadme. Mirad mi familia y llenadla de Vos, mirad a las almas, que no se pierdan; las almas por las cuales os ofrecisteis. Santificad vuestras amadas Órdenes religiosas y vuestros sacerdotes, para que santifiquen al mundo, siendo ellos santos.

Quiero amaros y hoy con amor especial y os traeré impreso en mi alma y grabaré vuestra mirada de amor en mi recuerdo. Quiero seros fiel y amaros en todos mis actos, ofreciéndooslos con muy grande amor.

(Darle gracias del rato de oración, pedirle se la enseñe a hacer, proponer el propósito especial para el día y traer durante el día este paso presente y con amor, ni disculpándose ni alterándose y estando en todo alegre y suave. Ofrecer a Jesús el aprecio y estima del mundo).

* * *

Otro modo práctico de oración

No menos útil y provechosa es a los principios, y muy buena en todo tiempo, otra clase de oración de la que nos dice Santa Teresa la practicó mucho tiempo y aprovechó sobre manera a su alma. «Procuraba lo más que podía traer a Jesucristo dentro de mí presente, y ésta era mi manera de oración». Y en otra parte escribe: «Más parecíame sentir la presencia de Dios y procuraba estarme recogida con El». Y es también enseñanza suya: Consistió mi oración mucho tiempo en estarme sola con Jesús.

Nada hay que hablar ni nada es necesario pedir en esta oración, como nada suele ocurrírseles a muchas almas sino solo amar en silencio a Dios. Recogeré, pues, mis potencias dentro de mí mismo, quedándome solo con mi Señor Jesucristo, sea en un paso determinado o sea en general mirándole presente a mí. Escojo ahora a Jesús mirando a San Pedro en la pasión. ¡Dios mío, que yo esté recogido con Vos! Apartaré toda imaginación, toda ocurrencia, toda atención u ocupación que se presente ante mi llamándome hacia otra cosa y estaré solo, solo con todas mis potencias en Jesús, con el corazón puesto en Él, con el afecto y

atención toda en Él, amándole sin palabras, sin consideraciones, sino sólo estando con humildad, con reverencia, con amor.

En este silencioso amor sin palabras—, Jesús me calentará y enseñará. Sólo con Vos, Jesús mío, y amándote. Tú quitarás mis defectos e iluminarás mi alma.

De cuándo en cuándo le brotan al alma espontáneas exclamaciones, peticiones u ofrecimientos de amor, que ayudan maravillosamente al recogimiento y acrecientan el íntimo amor.

Esta oración es sumamente provechosa y sencilla y no se puede encarecer lo que hace adelantar al alma. En ella se ejercita más el amor y se sale con mayores deseos de amor y de imitación y compenetración con Jesús.

Procure durante el día llevar a Jesús dentro de sí del mismo modo que le ha acompañado. **¡La mirada de Jesús en mí!...** Da una alegría y una libertad y un modo de ver a Dios en todo y de vencerse y ofrecerse a Jesús en todo y un ansia y deseo de amor, que el alma que tiene y fomenta esta oración callada, muy pronto saldrá con grandes virtudes y muy íntima y continua oración. Aquí se graba imborrablemente por la mano maravillosa del Espíritu Santo, la pre-

sencia de Dios en lo íntimo del alma, y pone en ella el suave y continuo amor.

Dos que se aman, gozan estando juntos, aunque nada se digan. Ame el alma en silencio y vacío de todas las cosas a Jesús presente. La Santa ejercitó mucho esta oración y en todo veía a Jesús y era de Jesús. Triunfó en encendido amor ¡Qué fácil es esta **oración de soledad con Jesús** y qué provechosa, como es fácil ponerse al sol para calentarse y recibir la luz!

Pero siempre ha de estar el alma compenetrada, y de hecho lo está aquí, de que nada puede sin la gracia especial de Dios.

Y de que todo con la divina gracia lo puede.

CAPÍTULO VI

Algo de Nuestra Santa Madre sobre la oración

He entresacado de Nuestra Santa Madre unos pensamientos en que confirma todo cuanto de la oración he expuesto. «De lo que yo tengo experiencia puedo decir y es que por males que haga quien la ha comenzado, no la

deje; pues es el medio por donde puede tornarse a remediar, y sin ella será más dificultoso... Y quien no la ha comenzado, por amor del Señor, le ruego yo no carezca de tanto bien. No hay aquí qué temer, sino qué desear; porque cuando no fuere adelante y se esforzase a ser perfecto, que merezca los gustos y regalos que a éstos da Dios, a poco ganar irá entendiendo el camino para el cielo...

«¡Oh, qué buen amigo hacéis, Señor, mío...! Y no veo, Creador mío, por qué todo el mundo no se procure llegar a Vos por esta particular amistad. Los malos, que no son de vuestra condición se deben llegar para que nos hagáis buenos con que os sufran que estéis con ellos, siquiera dos horas cada día, aunque ellos no estén con Vos sino con mil revueltas de cuidados y pensamientos de mundo... Por esta fuerza que se hacen a querer estar en tan buena compañía... forzáis Vos, Señor, los demonios para que no los acomentan y que cada día tengan menos fuerza contra ellos y dársela a ellos para vencer. Sí que no matáis a nadie, Vida de todas las vidas, de los que se fían de Vos y de los que os quieren por amigo...

«No entiendo esto que temen los que temen comenzar oración mental ni sé de qué ha

miedo. Bien hace de ponerle el demonio para hacernos él de verdad mal...

«Sólo digo, que, para estas mercedes tan grandes que me ha hecho a mí, es la puerta la oración; cerrada esta no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla, no hay por donde, que la quiere sola y limpia y con gana de recibirlas...

«Y si por su flaqueza y maldad y ruin y miserable natural cayeren... siempre tengan delante el bien que perdieron y tengan sospechas y anden con temor... que, si no tornan a la oración, han de ir de mal en peor. Que ésta llamo yo verdadera caída, la que aborrece el camino por donde ganó tanto bien... Lo que aviso mucho es que no deje la oración, que allí entenderá lo que hace y ganará arrepentimiento del Señor y fortaleza para levantarse, y crea, crea, que si de ésta se aparta, que lleva, a mi parecer, peligro». (Vida, Capítulo VIII y XV y en otras muchas partes).

Tan conveniente y necesaria es la oración y no menores son sus utilidades y ganancias. En ella adquiere el alma las preseas del cielo.

CAPÍTULO VII

Modos de oración mental: ordinario y extraordinario

Del solo conocimiento de la oración se desprende que, si el alma ha de comunicarse íntimamente con Dios, tanto de parte de Dios en la comunicación con cada una de las almas, como de parte de las almas en el trato con su Dios, será muy diferente el modo de esa comunicación, atendiendo a las propiedades y condiciones individuales de cada alma; y admira ver cómo Dios, que conoce lo que cada alma necesita, se baja, lleno de amor, hasta el alma y la conduce y lleva no según el alma comprende y quiere, sino según Él sabe que le conviene, trazando su libertad libérrima un camino distinto y propio para cada alma, ya sea el camino oscuro de amargas pruebas, ya el encantado de regaladas mercedes y delicias.

Esta es la razón de las divisiones o clases distintas de cada oración, que los autores nos enseñaron y describieron. Su conocimiento es muy conveniente para la instrucción de las almas espirituales; aun con estas divisiones no es fácil conocer el estado en que cada alma se

encuentra ni saber el modo que, en su trato con Dios, ha de tener. Y si esto es difícil que el ama se entienda a sí misma ni vea o sepa escoger el camino que a la santidad lleve; porque siempre esta vida es noche de fe, y oscuras tinieblas preceden al alborear del día eterno donde todo será luz, amor y seguridad.

Dos clases hay de oración mental y de contemplación: la oración y contemplación **ordinaria** y la de **extraordinaria unión con Dios**; la **ordinaria** todos la pueden tener con el propio esfuerzo personal para cooperar a la gracia que Dios a todos comunica con abundancia para que la consigan. Vehementemente desea Dios que todas las almas vivan en esa oración. Todos debemos tener esta oración.

La oración de **extraordinaria unión con Dios**, es gracia muy especial que hace el Señor a lagunas almas, infundiéndola en ellas con los dones de entendimiento y sabiduría. No a todas las almas comunica esta oración sobrenatural por grandes y levantadas obras y consideraciones que tengan; sólo «a quien quiere y como quiere y por lo que quiere», dice Nuestro Santo Padre, si bien lo más común es dársela a los ya perfectos. Es la vía mística de la santidad.

De tres maneras puede encontrarse quien hace oración mental ordinaria en el acto de estarla practicando: o está recogido en sí con sus potencias atentas a Dios por medio de la materia en que medita, sintiendo el afecto y fervor del corazón, o está luchando por recoger sus potencias, en demasía inquietas; o, sin sentir grandes distracciones, está con una atención general, sin detalle, que parece ni siente ni hace otra cosa que perder tiempo. Las tres pueden reducirse a dos clases de oración ordinaria, que llameremos: **oración afectiva** y **oración de sequedad o aridez**, dando a la segunda mayor extensión de la que acostumbran los autores.

CAPÍTULO VIII

La oración afectiva

El alma, al ejercitar aquí el entendimiento y la voluntad deseando producir o acrecentar el amor en el corazón gusta de Dios y se complace del recogimiento y afecto que en Dios siente. Las potencias desarrollan una muy grande actividad para encender el amor afectivo y

en ese amor entregarse el alma generosa a Dios de toda voluntad y pedirle y rogarle por sí; y para que todas las almas le amen y por cuantas necesidades existan, aunque ella no las conozca; en ese amor hace grandes y determinados propósitos. El alma, aunque trabaja con esta actividad y tiene que sostener lucha con la memoria y la imaginación, gusta de esta oración y en ella se embebe, porque el bálsamo y jugo del amor suaviza y perfuma el corazón. Aquí anda el alma saboreando la dulzura de los afectos y actos anagógicos. Es la devoción sensible que tanto desean las almas.

A los principiantes suele Dios conceder esta oración para facilitarles el camino del espíritu y ayudarles a entrar en los tesoros escondidos de la unión, «porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales, dice Nuestro Santo Padre, se desarraigga del sabor de las cosas sensuales y desfallece en las cosas del siglo». (*Llama*, núm. 85).

CAPÍTULO IX

La oración de sequedad

Puede ser la oración de sequedad de dos maneras y las dos contribuyen a la purificación del alma, haciéndola adelantar con prontezza en las virtudes y acercándola a la unión con Dios.

Pero es también en esta oración donde las almas, al sentir las primeras dificultades, no persuadiéndose ni aun reconociendo ser ésta la purificación necesaria con la cual Dios quiere hermosearlas y allegarlas a Sí, vuelven a sus rezos dejando la oración mental e imposibilitando con ello su entrada a lo interior de las moradas del Señor, para donde las quería preparar y estaba incitando; y muchas veces, lejos de adelantar, llegan hasta abandonar las mismas devociones vocales y las virtudes en que antes se ejercitaban.

Este es el puente sumamente difícil de pasar, y «apenas hay alma que vaya por este camino que no le haga grandes daños (el demonio) y haga caer en grandes pérdidas; porque este maligno se pone aquí, con grande aviso..., por que no pase del sentido al espíritu, enga-

ñando y cebando a las almas... y el alma... luego se detiene y... deja de entrar en lo interior del Esposo, quedándose a la puerta», «perdiendo con ello inestimables bienes... y se aventura casi infinita ganancia en acertar y casi infinita pérdida en errar». (Llama, números 112 y 105).

Causa de mucho sentimiento es que el alma, no entendiéndose y creyéndose perdida, intente volver atrás, pero más es de sentir y sobre toda ponderación lamentar que hasta algunos confesores lleguen a aconsejar— y no puede esto decirse sin dolor—, que en este estado deje el alma la oración mental y no pierda tiempo en ella y vuelva a sus rezos, pues ya ve no puede discurrir y se contente con sus devacioncitas quitando, con tan loca incosideración, estas almas a Dios, almas a quienes Él ya enriquecía y quería santificar y levantar hasta Sí en amor puro de espíritu. De este gran daño darán muy terrible y estrecha cuenta los tales directores.

«Miren las almas, repite el Santo condolido, lo que hacen y en cuyas manos se ponen». (Llama, núms. 81 y 84 y Sub. Lib. II. C. XXVIII).

Muy rara será el alma deseosa de adelantar en la perfección que no sienta por más o menos tiempo toda la crudeza de esta sequedad; y son

más de cuantas puede decirse las que, poseídas del desaliento ante las inesperadas y crecidas dificultades en esta sequedad sentidas, juzgándose incapaces de poderlas vencer, llegan a persuadirse de que no agradan a Dios en este camino ni las quiere el Señor para almas de íntima oración y trato con Él; y que en ésta, a su parecer, inacción disgustosa no hacen sino perder tiempo y retrasar determinándose a volver a sus devociones, que es volver atrás a buscar el gusto del afecto o fervor sensible, que Dios las quitó y tornan a alimentarse de la leche de los niños en sus devacioncicas dejando el pan de fuertes con que el Señor quería esforzarlas hasta introducirlas en el suavísimo mar de su amor infinito.

Y la causa de este volver atrás es por no entender las almas que esta sequedad y desagrado que sienten, lejos de ser indicio del abandono de Dios y de su caída en la tibieza, son pruebas de la purificación y del amor especial con que Dios las trata para levantarlas y engrandecerlas; y entiendan que en este estado ganan mucho y agradan más a Dios que en todas las pasadas ternuras que tanto recuerdan y lamenta, porque aquellas eran afecciones sensible y esto es solidez de espíritu.

Innumerables hechos pueden referirse entresacados de la vida de todos los Santos y sier-
vos de Dios, distinguidos por sus virtudes y
encendido amor como el de la Hermana Ana
de la Madre de Dios, religiosa del convento de
Zaragoza.

Púsola el Señor a esta Carmelita en la ora-
ción de sequedad y veníala el recuerdo del fer-
vor tan tierno que en sus devociones siempre
había sentido antes de ser religiosa; veíase
ahora muy atrasada en imposible para hacer
nada; las horas de oración parecíanla tiempo
del todo perdido en ociosidad desagradable y
mal gastado y además un cruel y continuado
martirio; porque unas veces le parecía no ha-
cer nada en la oración y otras, sólo luchar y
forcejear con la imaginación y locos pensa-
mientos, de donde concluía ser lo mejor aban-
donar el convento y volver a ser piadosa en
casa de sus padres, pues se mostraba claramen-
te en esto no ser escogida por el Señor para
religiosa.

Y fue el mismo Señor quien la sacó de esta
duda haciéndole ver el error de que se dejaba
dominar por no comprender la manera de obrar
de Dios y mostrándole cuánto se agradaba en
esta pena le dijo: «**Así quiero yo a mis solda-**

dos; entonces es cuando se pelea» y quedó ella animada y fue muy santa religiosa.

A esta prueba de la sequedad suele unirse la tempestuosa de tentaciones muy fuertes y continuas, unas veces de blasfemia, otras, contra la fe o contra la castidad y frecuentemente todas unidas, las cuales atormentan al alma.

¡Cuánta gloria dan a Dios estas almas y cuánto ellas atesoraran para el cielo!

Poco relativamente se ha escrito detalladamente, que yo sepa, de la oración de sequedad, y cómo debe obrar el alma cuando en ella se encuentra. Da fray Luis de Granada muy hermosos consejos en varios capítulos del «Libro de la Oración y Meditación» y San Alfonso hace una hermosa recopilación y exhortación para pasar esta prueba y la de las tentaciones, en un capítulo (XVII) de la **Práctica del amor a Jesucristo**. Todos los tratados hablan de ella, pero con demasiada brevedad, para la importancia que tiene. Pero quienes más detallada y claramente la han descrito y enseñado que debe el alma hacer en este estado, fueron Nuestros Santos Padres Teresa de Jesús y Juan de la Cruz. Aunque se encuentra diseminado por todos sus escritos, no deje de leer principalmente, quien la esté sintiendo o

deseé instruirse bien, desde el capítulo XI al XIV de la Autobiografía de la Santa y los magistrales capítulos X, XI y XII de la **Noche del sentido** y gran parte de **La Llama** del Santo; quizás encuentre en ellos todo lo que buscaba y con más claridad de lo que esperaba.

CAPÍTULO X

La oración de sequedad sin distracción y lo que el alma sufre

La oración de sequedad puede primeramente sentirse estando atento el entendimiento a la verdad, que tiene presente, y que ve en conjunto con claridad no pudiendo por eso inquirir o discurrir sino ver; está, sin embargo, el corazón duro, seco e inmóvil como una cosa insensible, como una piedra o leño incapaces de afectos y ni le estremece en lo más mínimo el fuego del infierno, que mira con miedo, pero impávido, ni le pone nuevo estímulo ni afectos de gratitud la gloria infinita con sus resplandores, ni la grandeza de Dios ni la compañía de los Santos, ni le enternece la pasión de Nuestro Señor Jesucris-

to, ni el verle derramar su sangre bendita ni mirarle pendiente de los clavos y deshonrado. El corazón o la razón dicen con asentimiento muy callado pero muy insensible: «es verdad, y lo creo todo, y puedo condenarme y envolverme en esas llamas que veo y quiero agradecer a quien tan generosamente me promete premio tan excelente y eterno y deseo deshacerme de amor y agradecimiento por quien sufrió, lleno de amor por mí, con tantos dolores y tanto amor me redimió; pero en esto veo yo también mi ruina en que quisiera deshacerme de amor y nada me commueve ni me impresiona ni siento; antes me parecía, ¡oh, Dios mío! que os amaba y he perdido todo amor y todo agradecimiento y estoy como muerto a Vos»

Suele únicamente el alma dolerse y humillarse y quizás derramar lágrimas algunas veces cuando ha salido del lugar de la oración viendo que se le pasó el tiempo inestimablemente de la oración sin un afecto, sin un buen pensamiento, sin amor, como si tuviera la conciencia cauterizada, sin ocurrírsele siquiera pedir tanto como deseaba y hay que pedir por las almas, por la honra y gloria de Dios, por su propia conversión y santificación y nada de esto hizo, y angustiada, exclama: «Dios mío, Dios mío.

«¿Qué es esto? ¡Si deseo, a mi parecer, amaros y me veo ahora más lejos del amor!... ¿Qué va a ser de mí? ¿Qué dureza e insensibilidad es la mía?» Y desea tener oración y estar con Dios a solas y volver a la oración y le vuelve a pasar lo mismo con la misma insensibilidad. Alma, persevera esperando a tu Dios.

Aumenta este dolor de lo que juzga su perdición, el encontrarse más imperfecta en todo y cada vez peor y ver muchas veces cómo arrecia la tempestad de las tentaciones. Sólo el deseo de amar y el cuidado de ser más fiel, ve haber crecido; y en sus exámenes para las confesiones no encuentra apenas faltas que decir y le parece tiene muchas y que antes las ha visto y ahora, por su ceguera, no las ve, con lo que nunca sale de su aflicción y aumenta su temor éste no encontrar faltas determinadas para confesarlas.

CAPÍTULO XI

Lo que ha de hacer el alma en esta sequedad

¿Qué ha de hacer aquí esta alma? ¡Oh, los confesores, por amor de Dios, de ninguna manera la quiten ni disminuyan la oración, ni la martiricen con excesivas durezas, sino animen en humildad y confianza a esta dichosa alma a quien Dios misericordiosamente ha escogido y quiere para Sí. No debe el alma, por nada del mundo, dejar, ni disminuir un sólo instante de su oración acostumbrada ni ocupar ese tiempo en rezar otras devociones; si ve que no sabe, ni puede ni es digna de orar en silencio, sepa ser fiel acudiendo infaliblemente al lugar de la oración y esté allí aunque le parezca estar como una piedra dura y fría ofreciéndose, cosida con el polvo, a Dios, mirando su ruindad y ayudándose de jactatorias. Si no sabe hablar con Dios, sepa y quiera estar delante de Él. Espere confiada a su Dios ni se canse de esperar en silencio.

Ni se apure si aun esto tampoco se le ocurre.

Pero no sé cómo recomendarle el siguiente consejo para que mejor se le grabe, pues creo es más provechoso y útil para el alma en este

estado más que en otro alguno. San Juan de la Cruz lo da y más detenidamente lo había expuesto aquel grande apóstol de España el Santo Juan de Ávila.

En esta sequedad el alma no se esfuerce tanto en hablar como en poner sencillamente sus ojos en Dios mirando que Dios le mira y le habla; escúchele aunque no le oiga, que ya notará el fruto. ¡Oh, alma que estás desolada!, mira con los ojos del corazón a tu Dios delante de ti, ponte en soledad, aislada de todo, y no te afanes por hablar, sino acompaña con recogimiento y reverencia a tu Dios y permanece quieta mirando, escuchando, esperando en silencio al Señor que más le agradarás y más aprovecharás callada y recogida que si mucho le hablaras, como la Magdalena a los pies de Jesús, como la Virgen junto a la cruz. Como, aunque medrosas y aun durmiéndose, le esperaron las vírgenes en la noche y le recibieron.

Fuera de la oración, procure, durante el día, suplir el tiempo que allí juzga perder esforzándose en una más continua y atenta presencia de Dios, mirándole con el corazón y ofreciéndosele en silencio y por medio de las jaculatorias amorosas y mire en cumplir sus obligaciones y ejecutar sus obras todas con

mayor perfección y pureza de intención; en humillarse y evitar las faltas; en ejercitarse con grande empeño en cuantas obras todas pequeñas pueda y en frecuentes mortificacioncitas interiores, aun más que exteriores y sobre todo, de vencimiento anonadamiento, siempre con la mirada y el afecto puesto en Dios. Como no siente en sí grandes afectos como otras almas, haga sin interrupción y con grandes deseos, ya que no es para más, esos actos pequeños; que la diminuta hormiga, como no puede igualar al hombre en llevar un saco de trigo, lleva en su boquita un solo grano, y esto con trabajo, pero sin parar ni descansar un momento.

No será molesto el repetir el consejo de que se ayude, a intervalos, de afectuosas exclamaciones que avivan momentáneamente el fuego y siempre consolidan la piedad y acrecientan el amor y renuevan la presencia del Señor.

Si puede tomar sus ratitos para la oración además de los ordinarios, tómelos y acuda humillado y confiado a postrarse ante su Dios, deseando ejecutar sus obras todas envueltas en **recuerdo y ansias de amor.**

Obrando de esta manera no tema, que su oración será muy acepta a Dios y muy prove-

chosa a su alma; adquirirá el verdadero amor y en él se inflamará y ganará más en eso, que le parecía perder tiempo, que en otros muchos afectos y ternuras con que creía servir mucho a Dios. «Y un poquito que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad, es inestimable bien, a veces, mucho más que el alma ni el que la trata saben pensar». (Llama, número 91).

CAPÍTULO XII

Enseñanza de Santa Teresa sobre la oración de sequedad

Esto enseña, con su gracia habitual, Nuestra Santa Madre en distintos lugares de sus obras. En su *Vida*, dice:

«Son tantas las cosas que el demonio pone delante a los principios para que no comiencen este camino de hecho, como quien sabe el daño que de aquí le viene no sólo en perder aquel alma sino muchas... Pónelas tantos peligros y dificultades delante, que no es menester poco ánimo muy mucho y mucho favor de Dios.

«En estos principios está todo el mayor trabajo, porque son ellos los que trabajan dando el Señor el caudal... Ha de hacer cuenta el que comienza, que comienza a hacer un huerto en tierra infructuosa que lleva muy malas hierbas para que se deleite el Señor...

«De los que comienzan a tener oración podemos decir son los que sacan el agua del pozo, que es muy a su trabajo... que han de cansarse en recoger los sentidos. Han de irse acostumbrando a no dárseles nada de ver ni de oír... sino estarse en soledad y, apartados, pensar en su vida pasada... Han de procurar tratar de la vida de Cristo y cánsase el entendimiento en esto; hasta aquí podemos adquirir nosotros... Esto es comenzar a sacar agua del pozo, y aun plegue a Dios la quiera tener, mas al menos no queda por nosotros, que ya vamos a sacarla y hacemos lo que podemos para regar estas flores. Y, es Dios tan bueno, que cuando... quiere que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nosotros, como buenos hortelanos sin agua sustenta las flores y hace crecer las virtudes. Llamo agua aquí las lágrimas... la ternura y sentimiento interior de devoción. «¿Pues qué hará aquí el que ve que en muchos días no hay sino sequedad y disgusto y desabor y tan mala gana para venir a

sacar el agua que si no se le acordase que hacer Placer al Señor... lo dejaría Todo? Y muchas veces le acaecerá, aun para esto, no alzársele los brazos ni podrá tener un buen pensamiento... ¿Qué hará?... Alegrarse y consolarse y tener por grandísima merced de trabajar en huerto de tan buen Emperador, y pues sabe le contenta en aquello y su intento no ha de ser contentarse a sí sino a Él, alábele mucho que hace de él confianza... y ni quiera acá su reino ni deje jamás la oración...

No haya miedo que se pierda el trabajo; a buen amo sirve, mirándole está. No haga caso de malos pensamientos. «Hase de notar... que el alma que en este camino de la oración mental comienza a caminar con determinación y puede acabar consigo de no hacer mucho caso, ni consolarse ni desconsolarse mucho porque falten estos gustos y ternuras... que tiene andado gran parte del camino, y no haya miedo de tornar atrás... Sí, que no **está el amor de Dios en tener lágrimas... sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y humildad...** Cuando no la tuvieren (devoción) no se fatiguen y que entiendan que no es menester....

«Importa mucho comenzar con esta libertad y determinación... habrá muchos que lo ha

que comenzaron, y nunca acaban de acabar y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio... En dejando de obrar el entendimiento no lo pueden sufrir, y por ventura entonces engorda la voluntad... y... toma fuerza y no lo entienden ellos... Sabe (Dios) que ya estas almas desean siempre pensar en Él y amarle. Esta determinación es la que quiere. Este otro afigimiento... no sirve más de inquietar el alma.

«Torno a avisar que de sequedades, ni de inquietud y distraimiento en los pensamientos nadie se apriete ni aflija. Si quiere ganar libertad de espíritu y no andar siempre atribulado, comience a no espantarse de llevar la cruz... ya se ve que, si el pozo no mana, que nosotros no podemos poner el agua. Verdad es que no hemos de estar descuidados para cuando la haya sacarla...

«Puede en este estado hacer muchos actos para determinarse a hacer mucho por Dios, y despertar del amor, otros para ayudar a crecer las virtudes... puede representarse delante de Cristo... y tráele siempre consigo y habla con Él, pedirle... Pero no se nos ha de dar nada de no tener devoción, sino agradecer al Señor que nos deja andar ansiosos de contentarle... es un

medio segurísimo para ir aprovechando». (*Vida*, capítulos XI y XII).

Cuando el Señor permite que la sequedad o desolación domine al alma para purificarla de un modo pasajero, pero fuerte, no hay, mientras dura, consolación posible, pero debe el alma acudir a la oración que entonces pueda tener y no será otra que ponerse delante del Señor hasta que Él quiera hacer pasar la ola alborotada. Nuestra Santa Madre la describe al decir lo que pasó por ella cuando terminado de fundar su primer convento de San José de Ávila escribe de esta manera: «Todo lo que el Señor me había mandado y los muchos pareceres y oraciones que había más de dos años que no casi cesaban, todo tan quitado de mi memoria como si nunca hubiera sido. Sólo de mi parecer me acordaba y todas las virtudes y la fe estaban en mí entonces suspendidas, sin tener yo fuerza para que ninguna obrase ni me defendiese de tantos golpes.

«Cosas de esta hechura juntas me ponía delante (el demonio), que no era en mi mano pensar en otra cosa, y con esto una aflicción y oscuridad y tinieblas en el alma, que yo no lo sé encarecer. De que me ví así fuíme a ver al

Santísimo Sacramento aunque encomendarme a Él no podía...

«Mas no dejó el Señor padecer mucho a su pobre sierva. (*Vida*, Capítulo XXXVI).

Esta es sequedad extraordinaria que sienten aún las almas de mayor fervor; pero la Santa aquí, como en otros lugares, nos dice lo que debemos hacer y que no dejemos la oración por más que nos parezca.

CAPÍTULO XIII

Enseñanza de San Juan de la Cruz sobre la misma oración de sequedad

Con mayor claridad y precisión aún — como quien en sí y en otros conocía experimentalmente la mucha necesidad que de esta doctrina hay— escribió nuestro Santo Padre. Para las almas y para los directores trata de la sequedad en muchos párrafos de **La Llama y de La Noche**.

Entre las muchas advertencias y doctrina de este libro, enseña primeramente por qué sufre grandemente aquí el alma: «En tiempo

de las sequedades de esta noche sensitiva... padecen los espirituales grandes penas; no tanto por las sequedades que padecen, como por el recelo que tienen de que van perdidos por este camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que les ha dejado Dios, pues no hallan arrimo ni gusto en cosa buena»; y esta advertencia, muy necesaria a tales almas, la repite el Santo en sus obras.

Lo que pasan y deben hacer las almas en este estado, lo expone largamente: «Entonces, dice, se fatigan y procuran, como lo han habido de costumbre arrimar con algún gusto de las potencias o algún objeto de discurso... lo cual no hacen sin harta desgana y repugnancia interior del alma, que gustaba de estarse en aquella quietud y ocio. En lo cual, estragándose en lo uno, no aprovecha en lo otro; porque por usar su espíritu, pierden el espíritu que tenían de tranquilidad y paz...

«Estos, en este tiempo, si no hay quien los entienda, vuelven atrás, dejando el camino o aflojando, o a lo menos se estorban de ir adelante, por las muchas diligencias que ponen en ir por el primer camino de meditación y discurso... imaginando que queda por su negligencia o pecados... Los que de esta manera se

vieren, conviéneles que se consuelen perseverando con paciencia y, no teniendo pena, confíen en Dios.

«El estilo que han de tener... es que no se den nada por el discurso y meditación... sino que dejen estar el alma con sosiego y quietud, aunque les parezca claro que no hacen y que pierden tiempo, y aunque les parezca que por su flojedad no tienen gana de pensar allí en nada. Que harto harán en tener paciencia y en perseverar en la oración sin hacer allí nada... contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios, y estar sin cuidado, sin eficacia y sin gana de sentirle y de gustarle.

«Y aunque más escrúpulos le vengan de que pierde tiempo y que sería bueno hacer otra cosa, pues en la oración no pueden hacer ni pensar nada, súfrase y estése sosegado como que no va allí más que a estarse a su placer y anchura de espíritu... De donde a esta tal alma le conviene no hacer aquí caso que se le pierdan las operaciones de las potencias, antes ha de gustar que se le pierdan pronto. Porque... da lugar a que arda y se pierda en el espíritu del amor que esta oscura y quieta contemplación trae consigo y pueda el alma...

«A veces comienza luego a sentirse alguna ansia de Dios; y cuanto más va, más se va sintiendo el alma aficionada e inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo ni de dónde le nace el tal amor y aflicción; sino... que con ansias de amor desea a Dios; sin saber el alma por donde va, se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solía gustar y sólo se ve enamorada sin saber cómo.

«A los principios comúnmente no siente este amor, sino la sequedad y vacío que vamos diciendo; y entonces... lo que trae el alma en medio de aquellas sequedades y vacíos de las potencias es un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y recelo de que no le sirve; que no es para Dios poco agradable sacrificio ver andar el espíritu atribulado y solícito por su amor»

De todas las imperfecciones e ignorancias en los siete vicios capitales, se libra (el alma); «apagándole esta noche todos los gustos de arriba y de abajo, y oscureciéndole todos los discursos y haciéndole otros innumerables bienes en la ganancia de las virtudes»... (*Noche oscura del sentido*, Cap. X)

Continúa el Santo exponiendo las utilidades y virtudes que en estas sequedades y vir-

tudes que en estas sequedades y pruebas se adquieren. Pero unánimes enseñan los dos Doctores de la mística que no se deje, en manera alguna, la oración; que se permanezca en la oración, aun cuando sólo **miremos que Dios nos mira o estemos en una advertencia amorosa y sosegada en Dios** y nos parezca no hacemos nada, sino estar dispuestos para recoger el agua cuando Dios quiera que el pozo mane; y si no mana, contentos de trabajar en su huerto, que Él aun sin agua, sustentará las flores.

Antes que nuestros Santos Padres, había ya escrito Fray Luis de Granada con tanta sencillez como hermosura: «Los sembrados han menester a tiempos heladas y a tiempos blanduras... Pues estos mismos temporales han menester las ánimas... Porque de tal manera crezcan en caridad, que se arraiguen en humildad; y así cuando se vieren resfriados y secos, conozcan su pobreza y se hagan más humildes...

«Por lo cual se ve claro cuán gravemente hierran los que luego desmayan y aflojan en sus ejercicios, cuando no hallan a la hora y tiempo que ellos quieren, las consolaciones divinas.

«Pues cuando de esta manera te hallares, no debes por eso dejar el ejercicio de la oración acostumbrada, aunque te parezca desabrido.» (De la oración y meditación, parte II, capítulo IV, párrafo I).

CAPÍTULO XIV

Se explica por qué cuesta y hasta repugna ir a la oración

Puede y suele acontecer que cualquier trabajo preferiría el alma antes que ir a la oración, y parece experimentar interna alegría cuando una causa le impide dedicarse a este santo ejercicio.

Es muy natural, en la debilidad del hombre, esta repugnancia, más crecida quizás y más amarga en la oración de sequedad, que en seguida diré. Digo que es muy natural y verdad tan clara que a nadie debe causar extrañeza; los mismos que, sin haber llegado aún a oración de unión con Dios la tienen ya de ordinario, tierna y recogida, sienten muchas veces

antes de ponerse en oración esta repugnancia.
(Santa Teresa, *Vida* capítulo VIII.)

Las dificultades siempre causan contrariedad en el hombre, y como muy bien dice el Padre Granada: «Pues este bien es tan grande, no se maravillará nadie que sea también dificultoso... porque sin duda no es cosa fácil quietar una cosa tan bulliciosa como es nuestra imaginación, lo cual se requiere para la perfecta unión y devoción. Conforme a lo cual decía el Abad Agatón que entre los trabajos de la vida religiosa no había otro mayor que el de la oración.» (Id., parte II, capítulo I, párrafo III).

Tres grandes adversarios, enconada y esforzadamente, se oponen, haciendo sentir esta dificultad: el demonio , el propio natural y la innata curiosidad.

Además de que la oración es el medio escogido por Dios para realizar el más grande fenómeno en el alma, cual es unir el alma con el mismo Dios y llegar a transformarla en Él por amor.

Dios es luz infinita e irresistible, y el alma, débil y envuelta en tinieblas, no puede resistir el esplendor inmenso de Dios hasta haber sido purificada y esforzada; la misma luz de Dios

la detiene, atemorizada, sobrecogida y ofuscada.

Como la oración es el mayor bien y por donde nos viene todo bien, sabe el **demonio** que alma consagrada a la oración la tiene siempre perdida; y no sólo a ella, sino a otras muchas, que por su oración se salvarán. Ni le es desconocido que el alma de grande oración, si con humildad se esfuerza y persevera, llegará y muy pronto, a la perfección y al abrazo amoro-so de Dios y dará ella sola gloria y honor a Dios sobre miles de almas buenas, pero de vida ordinaria. Y esto odia, sobre todo el demonio, y por esto procura con todo encono y con toda astucia impedir que el alma se consagre a la oración. Para impedirlo, pone grandísima di-ficultad en este trato de amor, porque si él no vence al alma, mucho le hará sufrir y muchas almas le quitará esta dichosa alma.

Y si no puede hacerla dejar la oración, pone desazón en su espíritu y procura que le haga remisión, flojedad y pereza para que jamás lle-gue al ínfimo abrazo de Dios que tanto él odia. Esto procura con los religiosos: que ya que no podemos muchas veces dejar de ir al coro cuan-do nuestras leyes nos lo prescribe, porque se-ríamos notados de inobservantes, estemos allí

tan remisa y perezosamente, que nunca adelantemos nada ni en la perfección, ni en las virtudes, ni en el amor; el demonio tiene atados a los religiosos tibios, de pies y manos y grande victoria ha obtenido ya sobre los tales.

El mismo **natural nuestro** desordenado la repugna y se opone sobre toda ponderación, a fin de impedir se consagre el alma a la oración; presiente que por la oración, triunfa el alma y queda vencido el cuerpo; que el alma acabará con el hombre viejo de los sentidos, carnal y egoísta, para vestirse de Jesucristo, vivir en caridad y en sacrificio y abrasarse en el amor de Dios, amor que consumirá todo amor propio y toda independencia nociva; por eso el natural se rebela contra la oración en hastío y pesadez, huyendo de dar el triunfo al alma con humillación del cuerpo, sujeción de los sentidos y apartamiento de toda estimación.

Se opone igualmente la **curiosidad innata** que el hombre siente de **adquirir** noticias y nuevas de todo; y como por la oración debe vivir en Dios, verlo y recordarlo todo en Dios, coartar los sentidos y mortificarse a sí mismo, no sólo en los sentidos , sino en su propia estima y en sus dos potencias más nobles, tiene que esforzarse en continuado heroísmo para

sobreponerse a esa perjudicial y disipada actividad hacia el exterior, que la oración reprime y ordena.

El sentido ha de perder su independencia por la sumisión pronta al espíritu y éste a la voluntad de Dios. Victoria tan grande sólo en la oración se obtiene, o mejor, solo en la oración la comunica Dios al alma.

Nadie, ni por dificultades que sienta, ni por repugnancia, ni por sequedad, omita en manera alguna la oración si quiere llegar a la santificación y al abrazo amoroso de Dios, como está obligado; que para eso Dios, le ha llamado y escogido. Si por una necesidad se vió forzado a omitir el tiempo designado, procure sacar otro rato, para estar con Dios; de manera que el cuerpo y la imaginación, el demonio y el natural y el mismo alma se persuadan que jamás se dispensará de la oración. Mucho importa esta determinación y persuasión para llegar al triunfo.

¡Oh, almas religiosas! Nos va el todo en tomar la oración con tal interés y cuidado; porque nos enseña Nuestro Santo Padre que Dios abrevia el tiempo para su comunicación según la intensidad con que a Él nos demos; y el alma que tan determinadamente se da a Dios, pron-

to suele ser levantada a oración más perfecta y aun a oración de unión. No suele contentarse tal alma con menos de estar con Dios cuatro o cinco horas cada día.

—¿Qué hacemos, pues, los Carmelitas? ¿Qué los que nos llamamos o deseamos ser almas de oración entregadas a Dios? Que si la mano de Dios no se ha abreviado, como de verdad ni se ha abreviado ni nunca se abreviará, y en tiempo de Nuestra Santa Madre en todos los conventos había dos o tres almas, por lo menos, de oración de unión y extraordinaria, temamos que si hoy no las hay, sea por nuestra remisión en la oración y en las virtudes y por no darnos a Él completamente; que si admiramos en ellos tan alta oración, más admirarán su retiro, su penitencia y sus virtudes. Temamos que muchas almas, cuya salvación había vinculado a nuestro fervor, penitencia y expiación, se pierdan porque la tibieza y regalo nos impidieron llegar al grado de perfección por Dios prefijado. ¿Y qué cuenta daremos de esas almas?

CAPÍTULO XV

De la oración de sequedad con distracciones

El otro modo de oración de sequedad con el cual suele Dios probar y purificar el alma, es cuando ni la imaginación ni el entendimiento dejan reposar el alma junto a su Dios, sino como inquietas mariposillas todo lo recorren y remueven pasando el tiempo en locas combinaciones llegando al fin de la oración sin apenas haber tenido otra atención que la buena voluntad con que empezó y se puso ante el Señor sin darse cuenta en qué pasó el tiempo o recordando sólo que ha estado en lucha continua y ha ido de una distracción en otra, como el naufrago de una ola a otra hasta hundirse para siempre; entonces se humilla y se confunde ante Dios diciendo: «Dios mío, ¿pero qué va a ser de mi? Tened misericordia y enseñadme a hacer oración y sujetad esta mi loca imaginación para que sólo a Vos mire. ¿No es verdad que yo quiero ser todo vuestro?»

Indecible es lo que esta alma siente ir a la oración aunque la desea, pero el natural rehuye tan duro trabajo.